

PREGÓN FIESTAS SAN MIGUEL 2023

VILLAMANRIQUE y el AGUA

Excelentísimo Sr. Alcalde, concejales, villorreños y visitantes.

Quiero dedicar estas palabras a los vecinos que en las Fiestas de San Miguel del año pasado estaban con nosotros y hoy nos estarán viendo y oyendo desde el cielo. Son los siguientes, y espero no olvidarme de ninguno:

ANTONIO POZO JIMÉNEZ, ANTONIA RODRÍGUEZ PIQUERAS, FRANCISCA ROBLES CAMPOS, CRISTETA GARCÍA LOZANO, FRANCISCO GÓMEZ LOZANO, GABRIEL POZO MEDINA, MATILDE JIMÉNEZ FELGUERA, HORTENSIA CAMPOS FELGUERA, MAGDALENA PÉREZ TORIJA, RAMÓN RUBIO GARRIDO, MANUELA PIQUERAS ARMERO, JOAQUINA GARCÍA ESCRIBANO, NARCISO LÓPEZ FERNÁNDEZ, MARÍA DEL ROSARIO ARIAS GÓMEZ y FRANCISCO ALFARO SÁNCHEZ.

La Sra. concejal de Cultura, Cristina Lillo, me llamó hace unas semanas para pedirme que diera este pregón. Me encontraba de paseo con un amigo catedrático de lengua árabe. Mi amigo me preguntó de qué iba a hablar. No tenía ni idea, pero probablemente de mis recuerdos de juventud, de mi vida idealizada en Villamanrique.

Mi amigo me dijo: “Vas a *Al-Mansha* de los musulmanes. La Mancha significa tierra sin agua y sin ríos.”

Se me encendió la bombilla, ya tenía tema. Sin pretenderlo, me había reverdecido otro de los sueños repetidos de mi niñez y juventud: **el agua en cantidad y calidad que siempre asocié a mi pueblo de nacimiento**. Pero también ese agua me provocaba recuerdos encontrados y contradictorios, el de su escasez y sequías periódicas.

Les hablaré de mis recuerdos de Villamanrique relacionados con la esencia de la vida, **el agua**. Este será mi hilo conductor como pregonero aficionado. Espero estar a la altura de los pregoneros profesionales que recuerdo: Prudencio, Antoñico el Campanero, Emeterio de *Isco* y José de *Peleillas*.

Préstenme unos minutos de atención.

Recuerdo Villamanrique como el pueblo con el agua más fina del mundo. No había una sola agua, había de varios tipos. Cada agua tenía sus características, según el resultado que se buscara con su uso. Había una clasificación tácita de aguas, como si una fuese de primera división y las otras de segunda o tercera. La mejor era, sin duda, la Fuente de la Plaza. Luego estaban los pilares. Los pozos de las casas eran, en su mayoría, de aguas bastas y salobres. Todo un contrasentido manando unas tan cerca de las otras.

Ya en 1575, en el informe que se mandó para el censo del rey Felipe II, se le dijo que este pueblo traía las aguas de la orilla, a la parte del Mediodía, de unas fuentes y que ese agua era muy buena. La orilla del siglo XVI no era otro lugar que los manantiales bautizados más tarde como el Toril y el Niñaclo.

Insistían los dos regidores de hace cinco siglos que era agua muy buena. Aquellos alcaldes se llamaron Alonso del Pino y Pedro Sánchez Helguera. Y tanto que es buena: es agua fósil que se ha ido filtrando durante miles de años en el acuífero de los Calares. Esta planicie que tenemos al Sureste del pueblo es un filtro natural de piedras y arenas que elimina todo tipo de impurezas y la convierte en agua de boca muy fina al paladar.

Este agua de tanta calidad no se podía desperdiciar así como así. Por eso los ingenieros romanos entre los siglos I y V debieron dedicar todos sus conocimientos a conducirlos hasta la villa. El único problema que se encontraron es que se interponía la Sierra de San Cristóbal. Menudo obstáculo a salvar. Eso no fue inconveniente para ellos: cogieron su chorobate, el nivel que inventaron para trazar acueductos y calzadas, y construyeron un canal hacia el Oeste, buscando la Fontana, rodearon el cerro hasta aparecer por encima de la plaza de toros de San Cristóbal y el Cortijo de *Pinocho*.

Desde aquí, en dirección Este, hasta llegar al depósito del Arca de piedra. Unos cinco kilómetros de canal subterráneo y unos 80 metros de desnivel. Y desde el Arca, donde cogía presión, ya remontaba la cuesta de la Tercia por una tubería de plomo hasta los dos caños de la Plaza mayor. Así de complicado, así de fácil.

La calidad de las aguas del Niñaclo y el Toril fue reconocida en los documentos de los visitantes de la orden de Santiago durante todo el siglo XVIII. También lo hizo Pascual Madoz en su Diccionario enciclopédico de 1850, que dice textualmente: "*Villamanrique se nutre de dos fuentes de aguas muy exquisitas*". Es decir, teníamos en nuestros cántaros agua mejor que la que se vende embotellada en plástico. Y los villorreños, sin saberlo.

Qué ricos sabían los cocidos de garbanzos de mi madre. Ella decía que el secreto estaba en remojar y cocer las legumbres con agua de la fuente de la Plaza. Si se hervían con agua del Pilar Viejo ya no era lo mismo, no se deshacían en la boca como mantequilla. Igual pasaba con la colada, la ropa no ofrecía el mismo lustre si no era lavada con agua de la fuente. En el segundo escalón de calidad militaron los caños del Pilar Viejo y del Pilarillo, que venían de manantiales debajo de las eras.

Eso con permiso de los Cañetes de San Isidro y la cuesta del Vinagre, nada más empezar la carretera de Andalucía. Era el agua más pura de todo el pueblo. Pero claro, cuando reventaban, que no ocurría todos los años. Va para una década que no han vuelto a brotar por falta de lluvias. Creo que la última vez que afloraron fue en 2013.

Luego estaba el agua ferruginosa y curativa de los baños de Perete. Cada verano, María del Señor y Pedro *Pecholobo* los abrían a partir del 18 de julio para que la gente fuese a tomar sus aguas medicinales. Qué balneario más fresquito levantaron a la sombra de las inmensas carrascas y las choperas de su huerta. Cómo disfrutábamos de muchachos bañándonos en aquel charco de aguas marrones y congeladas. Decían que curaba dolencias, reumas e infecciones de la piel. Una pena que se hayan dejado perder. También en Zahora hay otra fuente de agua de hierro muy parecida.

Contaban los viejos que las aguas de la fuente de la Alegría tenían poderes curativos para infecciones bucales y del intestino porque en tiempos de moros alguien había vaciado allí un saco lleno de mirra. Aquello me daba reparo y jamás me atreví a probarla. También tuvieron fama de aguas curativas las de una fuente en Sabiote y otra en la Mata. Pero yo no las he conocido.

Como tampoco probé el agua de la fuente de las sanguijuelas que brotaba cerca del Torreón de la Higuera, ya cerca de la Torre, donde viven las únicas babosas blancas de España. Son capaces de depurarnos la sangre si se las deja que nos chupen las piernas.

En los campos de Villamanrique había fuentes por todos los sitios. Las más sorprendentes eran las de los Pizorros; esos cerros llevan ese nombre, deformado, por su parecido con el pitorro de un botijo y porque resudaban agua. Cada pizorrilla en medio de la vega del Guadalén tenía un manantial en su ladera del Poniente. La única que pervive es la que mana debajo del castillo de Eznavejor, junto a la carretera.

Muchas piedras de esos pizorros contienen conchas garrapiñadas de almejas y mejillones marinos de hace doscientos millones de años. Otra demostración del agua que cubría nuestra tierra cuando estaba en el fondo del Mar de Tethis.

Con el agua tan fina y rica como es la de la Fuente, no sólo salían riquísimos los pucheros de mi madre. Recuerdo el sabor tan burbujeante que tenían las gaseosas embotelladas en el pueblo de las marcas Virgen de Gracia y la Higiénica. Es decir, de Manuel Patón y del tío Fructuoso Rodríguez. Las envasaban sólo blancas al principio. Recordarán que las repartían en las jaulas de madera que armaba el tío Fructuoso, que también era carpintero, y de alambre las de *Manolillo*. Después les añadieron sabores de naranja, limón y de cola. Qué burbujas tan deliciosas, me relamía y siempre tenía la barriga hinchada. Me empanzaba con su gas a escondidas de mi madre. Hasta que vino la Casera y jodió las fábricas locales. Pues si hay Casera, yo me voy. Y me fui.

Y qué sabor tenían los polos de hielo, también de la Higiénica. Los recuerdo de color rosado y amarillo, con un palillo basto de descartes de su carpintería y chorreándome el brazo abajo hasta el codo. También achaco al agua de la fuente el inolvidable sabor de los helados de limón del *Barquillero*, cuajados a base de batir y batir a mano la granizada en su heladera de corcho.

Para culminar el capítulo de sabores tengo que reconocer que no he conseguido encontrar churros tan ricos como los de *la Paquera* y *el Chato*. Seguro que era por el agua que su Juanito les llevaba de la fuente con un carro grandísimo. Aunque lo de churros y porras es más moderno, en Villamanrique siempre los llamamos tallos. Los vendían unas niñas por las calles, con sus cestas de latón brillante. Me acuerdo de mi vecina *Alfonsa la Cernícala*, cantando aquello de: “*La buñolé, buñolera, y van calientes*”... y desde las ventanas le respondían: “*Para los abuelos que no tienen dientes y las abuelas que no tienen muelas*”.

Tampoco he vuelto a comer torraos tan tiernos como los de *la Dienta*; alguien me dijo hace años que su secreto estaba en el agua con que los ablandaba y el yeso que los blanqueaba. No sé si esto sería verdad, pero eran tiernísimos y muy digestivos.

El agua fue sin duda un elemento para relacionarse entre villorreños, para socializar o interactuar como se dice ahora. Eso era lo que hacían nuestras madres cuando cargaban sus hatillos de ropa en los ijares o en un borriquillo y se iban en comandita a lavar todo el día al Arroyo de las Entresierras, al pozo de *Pacolamuerte* en Peñagorda, a la Alegría o a las Canteras.

Recuerdo a mi madre y las vecinas, por primavera, cuando reventaba el agua en las Entresiembras. Allí íbamos temprano a acotar la charca, colocar una losa y a restregar jabón de sosa a sábanas y zurrapas. Después se soleaban un rato y vuelta a lavarlas, estrujarlas y tender al sol. Lo mejor iba en la talega: Qué ricas me sabían las *tajás* de tocino y los chorizos matanceros intercalados en medio cuarterón de pan de Antonio Torija o Pedro Coronado. Revivo a mi madre y sus amigas jugando un rato a las tabas mientras se hacía hora de recoger y regresar.

Qué delicia de panes recién horneados. Por supuesto, los mejores eran los amasados con agua de la Fuente y harina de piedras movidas por las aguas de nuestros ríos. Hubo varias muelas molineras en el Guadalmena, en la Cañada de Santa María y el Guadalén. Yo llegué a ver todavía activo el del Castillo, y derrumbándose los del Paso, Don Reyes, Aragón y de los Alfaros. Incluso vi vaciar el caz del Castillo y rebosar una canasta con peces y culebras que se colaban por el rodezno.

También era socializar en torno al agua lo que acontecía unos días antes de las bodas. Todo comenzaba con el lavado de lana para el colchón de los novios. Tengo una imagen imborrable del jergón de mi primo Avelino, hijo de mi tía Aurelia. Fuimos toda la familia un día entero a lavar el vellón y tenderlo en el molino de Montizón, mucho antes de que lo comprara Ignacio Jiménez. Y ya en vísperas del bodorrio, toda la familia y allegados seguíamos interactuando: a recoger platos y vasos por las casas, marcarlos con esparadrapo, a matar las cabras y ayudar a María *la Morcilla*, que era la cocinera de todos los casorios. Y yo, una vez más, a arrimar cántaros para todos aquellos enjuagues que necesitaban de tanta agua.

Porque lo de interactuar entre familias era lo más común por entonces. ¿Qué si no era lo que hacíamos los fines de semana del invierno? De jueves a domingo, a ayudar a la matanza de hermanas y primas. Todo en medio de grandes acarrees de agua: el jueves, a cocer varias arrobas de cebolla en el inmenso caldero; el viernes, a matar, lavar y afeitar el gorrino, con abundante agua hirviendo; y para rematar, dar las aguasales a las tripas. El sábado, a cocer las morcillas y huesos para descarnar. Y el domingo, a fregar todos los cacharros. ¡Qué cantidad de agua había que acarrear para aquellas matanzas!

El agua servía como elemento de buena vecindad. Era tradicional que dos vecinos con corrales pequeños se pusieran de acuerdo para abrir un pozo medianero. En Villamanrique hay bastantes. A mí me llamaba mucho la atención el que compartían la *Tina de Becerra* y *Juanilla la de Moto*. Para construirlo se hacía el agujero en mitad de la linde de manera que el brocal quedaba medio en una casa y mitad en la otra.

Había dos puertecillas que las vecinas abrían para sacar agua al mismo tiempo y, de paso, echar un rato cascando de los chismes del pueblo. Por entonces no se mataba el tiempo con Jorge Javier en Telecinco, Juan Imedio en Canal Sur ni Ramón García en Castilla-La Mancha Media. Eso sí, cuando veías una puertecilla del pozo con candado, mal asunto, las vecinas habían quedado mal y procuraban sacar agua cuando no la viera la otra. A aquella pérdida de amistad se llamaba correr el *cerrojoeldiablo*. El peligro de los pozos medianeros era que cada uno se enteraba de las intimidades del vecino. Fueron el antecedente remoto del visillo de la vieja, mejor dicho, de la oreja de la *pasanta*.

Por cierto, los pozos y norias de las casas también actuaron como neveras primitivas. Cuando llegaba el verano, en sus gélidas aguas metíamos las botellas de vino y las gaseosas para refrescarlas. Me pregunto cuántos cascos habrá hundidos en el fondo del mío, de los que se me escurrieron cuando era un *nifo*.

El culmen de la socialización en torno al agua fue el carrillo de mano y las colas en la fuente. En la década de los sesenta a alguien se le ocurrió inventar el carrillo con aguaderas, como las que siempre llevaban los burros con sus cuatro cántaros. Los herreros se hincharon a fabricar carrillos con sus cuatro aros para otros tantos cántaros de cerámica. Ir a por agua a la fuente fue el oficio obligatorio de niños y niñas de mi adolescencia.

Por los años setenta habían empezado a aparecer los primeros cuartos de baño en el pueblo. Pero eran aseos de secano. Una cosa tan sencilla como abrir el grifo y que salga agua, o apretar un botón y que la cisterna se lleve nuestras inmundicias, era algo impensable para los villorreños. Porque no había redes de agua ni saneamiento. Así es que no teníamos más remedio que pasar horas y horas acarreamos agua cuando llegaba el verano y necesitábamos más líquido. Los niños socializábamos con aquellos acarreos y, de paso, surgían los primeros enamoramientos y algún noviazgo. Nada parecido a cómo socializan hoy nuestros nietos, a base de enviarse *wasaps* y haciéndose vídeos para Tik Tok, sin intercambiar una sola palabra ni levantar la cabeza de la pantalla.

Esto me lleva a recordar que debía ser yo muy chiquillo y canijo, porque no conseguí frenar el carrillo: bajaba a toda velocidad por la cuesta de la Iglesia, di una voltereta con el carro al hincar el tentemozo delantero. Como cuando un toro clava los cuernos en el suelo. El resultado fue la rotura de los cuatro cántaros. Como era la segunda vez que me pasaba, mi padre transformó los aros en cuadrados y sustituyó las ánforas de cerámica por garrafas de aceitunas. A partir de entonces, se pusieron de moda las bombonas de plástico. Se le acabó el negocio al alfarero del Castellar de los Pucheros; dejó de venir a vender cacharros al mercadillo semanal. Ahora eran los tenderos Francisco Ruiz, Anselmo Coronado y José María Bastante los que empezaron a ofrecer todo tipo de garrafas nuevas para el agua potable.

De lo anterior cabría deducir que nuestros antepasados se lavaban poco. Había de todo, pero para qué negarlo: sí, nuestros abuelos y abuelas se lavaban lo justo. Y lo hacían a rodales. La mayoría de ellos abandonaron este mundo sin saber lo que era una ducha o un baño en condiciones. Pero eso no quería decir que fuesen unos guarros empedernidos. Ni unas guarras, que las villorreñas –en general– siempre fueron muy limpias.

El cantarcillo de las niñas torreñas sobre la pulcritud de nuestras mujeres no tenía fundamento; les salían a la carretera, andrajosas y *descalcicas*, y les cantaban cuando volvían andando de la Torre de comprar en la tienda de Arpilleras. ¿Recuerdan la cancioncilla?: *“Villamanrique, corral de vacas, la que no es guarra, poco le falta”*. A lo que las mujeres villorreñas respondían: *“Marivega, si fueras mía te compraría unas albarcas, pero como eres una cascarriosa, jódete y anda descalza”*.

El puchero o la lata de agua siempre estaban calientes al lado de la lumbre, dispuestos para llenar la palangana o el aguamanil. ¡Hala!, a restregarse las partes del cuerpo más hediondas y roñosas. Y por domingos y fiestas de guardar incluso algunos se enjabonaban la cabeza. Hubo familias privilegiadas que tuvieron un bidón de chapa o media tinaja de barro en el corral, al sol, y servían para remojarse uno detrás de otro cuando apretaba el calor. ¡Qué derroche de agua y jabón!

Hasta que a finales de los setenta empezaron a levantar las calles del pueblo y a meter aguas potables y desagües. Íbamos a ser tan modernos como los de Madrid. Nada de acularse en los corrales –bajo la atenta espera de las gallinas– o a la sombra de los bardales de las afueras. Pronto se acabarían los carrillos a decenas pidiendo la vez y haciendo cola en la Fuente de la Plaza.

Por fin se iban a taponar los centenares de albañales que vomitaban al centro de las calles las aguas jabonosas, las lluvias de los corrales y los purines de zahúrdas y personas. Por no sumar los orinales del ¡Agua va! mañanera.

Había zonas húmedas, demasiado húmedas, en las calles más bajas del pueblo. Este era el caso de la calle Cantarranas, que por algo se llamó así desde tiempo inmemorial. Esta amplia calle estaba convertida en un arroyo lleno de juncos adonde iban a parar los líquidos que hoy vertemos bajo tierra. La antigua calle Cantarranas no fue otra que las que hoy conocemos como Ancha más Abrevadero. Y para rematar, su final conectaba con el Arroyo de los Perros. Por aquello de que allí iban a parar los animales muertos.

Ya que he mencionado el Abrevadero, no quiero olvidarme de nuestros inseparables e imprescindibles compañeros de vida, trabajo y subsistencia: los animales. Qué hubiera sido de nosotros sin mulos para arar, burros de carga, vacas lecheras, ovejas, cerdos, etcétera. Desde que Villamanrique era Bellomonte de la Sierra –y ya ha llovido desde entonces– se construyeron pilones a las entradas de los caminos con el principal fin de dar de beber a las bestias, cuando salían a trabajar o regresaban cansadas a sus cuadras. Los pilones eran donde socializaban los centenares de yuntas y gañanes cada tarde, los gorrinos del Común o las vacas de *Pinocho*, *el Monjo* o *la Melenilla*.

La red de pilones principales eran el Pilar Viejo, el Pilarillo, el Abrevadero, otro charcón en los Atrojes y el Pilarico de la Tejera de *los Berolos*. Recuerdo el lodazal que había formado en sus alrededores de rebosar el agua y pisotear tanta herradura y pezuña de animales.

El principal cenagal, por ser el más frecuentado, era el del Pilar Viejo. Chorreaba calle abajo hasta llegar prácticamente a la carretera, junto a la tasca del *Fulero* y *la Salu*. Toda la calle era una rambla de cieno y juncales. Había que sortearla saltando de peñón en *pinganote* por lo que hoy son aceras. Al agua en banda que se explayaba por allí en los inviernos había que sumar la jámila negra que expulsaba la almazara de Avelino Reca.

En el invierno de 1973 ocurrió una anécdota: una tarde entró por allí el tractor del vino de la cooperativa de Cózar; traía un remolque atestado de garrafas. Embarrancó y quedó hundido hasta los ejes. El tractor consiguieron sacarlo, no así la carga. A la mañana siguiente acudieron a extraerlo con un vehículo más potente. Pero resultó que por la noche le habían aliviado de unas cuantas damajuanas de tinto.

El alguacil Acisclo echó la culpa a los quintos, como siempre se hacía con las trastadas de robo de gallinas o carros que aparecían encaramados en algún tejado.

¿Y qué me dicen del agua para construir las casas? Sin agua no hubiesen existido las viviendas. Todo se hacía a base de amasar barro, para levantar las paredes, rellenar miles de adobes con paja o prensar tapial. Por eso, casi lo primero que se perforaba era un pozo en el solar. El agua era la primera materia prima del albañil. Las casas antiguas incluso tenían los suelos de tierra apisonada; nuestras abuelas los regaban cada día para evitar que se levantara polvo. De aquellas aguas tan abundantes para levantar los chamizos venían luego los olores a rancia humedad cuando se entraba a algunas casas.

No quiero olvidarme de los arroyos tan cristalinos que corrían hasta casi agosto. Y de los pececillos que ascendían en primavera hasta las mismísimas huertas de *Ambrosio* y *Hambrestuta*; tanto el agua como los peces no retrocedían hasta bien entrado el verano. Recuerdo las excursiones de aquellas mañanas de domingo, trasmallo al zurrón, a pescar barbos empezando por el arroyo de la Tejera, el Huevo, siguiendo Guadalén abajo hasta los tablazos de La Liebre.

La cuadrilla la formaban mi tío Victorio, mi padre, Juan de Dios el Cartero, Pedro *el Taute*, Orencio Vélez, Juanillo *Peleas*, Tomás *el Peli* (único de la panda que sigue vivo y quizás esté por aquí con sus 95 años bien llevados) y unos cuantos hijos suyos. Y luego, al regresar al pueblo, se repartían con el plato de la romana.

Aquellos pececillos, que olían a cieno, rebozados en harina y muy fritos sabían a gloria. Era costumbre apartar un cubillo para Fernando el guardia civil; él era quien nos daba el chivatazo de dónde había más pesca. Y despistaba a los otros guardias para que no nos denunciaran.

Fue una época en que los ríos eran la piscina de los mozalbetes. ¿Quién de mi edad no ha ido a bañarse al Aguarillo, a la Retuerta, a los Estancos del camino de la Torre, a las tablas del Puente o de la Huerta del Pregonero? Donde nunca me atreví a zambullirme fue en la zona del Castillo. De chavea me dijeron que la Tabla de los Ahogados tenía cuevas profundas y de allí no salía quien decidía sumergirse en sus aguas. Los más osados habían desaparecido por decenas y sus cadáveres nunca salieron a flote. Toda esta vega del Guadalén debería ser un pantano desde 1905, cuando Fomento hizo el primer proyecto, y todavía no se ha construido la presa.

También había otra poza que me causaba terror por su supuesta profundidad. Era el Pozo Sinsuelo. Y más cuando supe que ahí habían arrojado armas y bombas al acabar la guerra civil. Pensé que podía dar una explosión si me acercaba.

¿Y los inviernos? Los recuerdo llenos de agua y hielo. De tinajas con *reguillo* en los corrales. De chuzos largos como álamos colgando de las canales. De la revuelta de la carretera, frente a la Casa del Pueblo, congelada durante meses. O de la ola de frío siberiana de 1970 que heló la mayoría de olivos y hubo que podarlos por las cruces. De hombres trenzando guita durante temporales que duraban meses, zurciendo costales o estorbando en carpinterías, herrerías o panaderías. De vez en cuando se asomaban a la Pileta o al Juego de Bolos, miraban hacia Almedina y exclamaban: ¡Cada vez está más empantanada la Vega!

Hasta que canalizaron el río Guadalén y se evaporaron los grandes charcos, las junqueras y los carrizales. Las cigüeñas emigraron porque ya no tenían ranas ni culebras para comer. No volvieron a hacer nido en el chapitel de la Iglesia.

Para mayor sufrimiento invernal, mi familia íbamos a coger la poca aceituna que teníamos. Menos de cien olivas en la Bodeguilla. Todo el día calados hasta los huesos y con varios kilos de barro arrastrando de las botas. Y no éramos de los peores, en los Acejares veía yo a otros y otras hincados en el barro hasta las rodillas. Me recordaban a exploradores agonizantes en las arenas movedizas de las películas que proyectaban *Modra*, *Reyecillos* y el *Cojo Quico*. ¡Qué sufrimiento, Dios mío!

Hasta que en 1976 me fui a estudiar a Madrid. Mi percepción de Villamanrique dejó de ser húmeda y empecé a ser consciente de que sí, estábamos en La Mancha, tierra seca y de pocos ríos como la bautizaron los árabes en el siglo VIII. Cada vez que regresaba, me encontraba más calles abiertas en canal. Era para introducir la red de agua y desagües. Para que pudiésemos abrir el grifo y lavarnos cómodamente, no a rodales o por cuartos: el alerón, la pechuga, el muslo, la cola... Dijimos adiós a las palanganas. El proyecto de canalización se arrastraba de 1940, nada más acabar la guerra. Pero se tardó en empezarlo exactamente el mismo tiempo que duró la dictadura de Franco. La modernidad llegó a las casas en forma de agua potable. Todos le franqueamos gustosamente las puertas de nuestros hogares.

Se perforaron pozos en la huerta de *Culatas* y en la Vega. Se cometió el error de mezclarlas con nuestra agua milenaria y exquisita del Toril y el Niñaclo. Menos mal que se corrigió pronto el desacierto y volvió a dejarse en caída libre en la

Plaza, como desde que la trajeron los romanos hace dos mil años. Luego se vio que la Vega daba poca agua, arenosa y mala. Y fuimos a buscarla a Pavón. Cada vez más lejos. De la abundancia pasamos a la odisea por la búsqueda del agua escondida. Incluso hoy se ha complicado aún más la cosa: nos la bombean desde más de treinta kilómetros, del pantano de la Cabezuela. No sabemos hasta cuándo, porque estos días lo he visto prácticamente seco. De consumir 50 litros por persona y día, hemos pasado a 350 por cabeza.

Es impensable que los niños de hoy vean y vivan algunas de aquellas estampas tan bucólicas de mi infancia idealizada, que acabo de mencionar a vuelapluma. Imposible que vuelvan a brotar cada primavera el ramillete de fuentecillas que afloraban por las calles, no sólo las que están situadas en la umbría de la Sierra de San Cristóbal, también las que reventaban en las calles en solana. ¡Cómo no recordar la fuente que brotaba en la puerta de Mario, frente al bar la Veguilla; o en la puerta de Vinagre. O los arroyuelos serpenteando ladera abajo desde los cortijillos de la Chispa y *Catapanas*!

El pasado otoño-invierno lo viví en Villamanrique, junto a mi padre, mi hermana y mi cuñado. Aproveché algunas mañanas para pasear por los alrededores. Incluso hice salidas a los lugares de mi niñez. Apenas llovió cuatro gotas en esos meses. Han desaparecido los huertecillos que abundaban en vallejitos húmedos de las afueras del pueblo; los ríos apenas conservaban unos charquillos, eso sí, con su pareja de galápagos de siempre. Pero ningún pez desde que en 1981 empezaron los vertidos al río. Sólo una mañana cogí cuatro hongos, donde antes solía recolectarlos a cestas. Los rastrojos, y las eras, ya no empiezan a verdear tras las primeras lluvias que, sin faltar, siempre aparecían a finales de agosto, casi cuando todavía no se había terminado de apretar la paja en las piqueras. La simienza comenzaba puntual en septiembre. Y como nota tétrica, hasta las tumbas del cementerio se convertían en manantiales por los que resudaban los Arijales.

Para empeorar la situación y chafar por completo mis recuerdos juveniles del Villamanrique húmedo y rebosante de aguas, me contó Higinia Valero, la alcaldesa, que la falta de agua es tan grave que casi vamos necesitando de un milagro celestial. Por no decir de camiones cisterna y recuperar los carrillos de mano con garrafas.

O San Pedro vuelve a abrir las compuertas del cielo o habrá que sacar a todos los santos en rogativas por los campos, como ya hicieron nuestros tatarabuelos en el

siglo XIX. Volveremos a cantar “*Agua San Isidro, Agua San Miguel*” o “*Virgen de Mairena, extiende tu manto y dile a tu Hijo que riegue los campos*”.

Aunque me temo que sólo con rogativas y con atar al diablo en las cebadas no va a ser suficiente para asegurar agua y buenas cosechas.

Puesto que ya no puedo comer torraos de *la Dienta* ni churros de *la Paquera* ni beber gaseosas hechas aquí ni probar los cocidos de mi madre..., todo tan sabroso por estar elaborado con agua milenaria del Toril y del Niñaclo, al menos me consuelo llevándome unas botellas de la ermita de San Cristóbal cada vez que visito Villamanrique. Sepan ustedes que ese agua es la misma que encañaron los romanos hace ya casi veinte siglos. Al menos, así consigo que los cocidos que hace mi mujer en la olla exprés se aproximen mucho a los que preparaba mi madre en puchero de panza a fuego lento.

Ya voy acabando, estoy a punto de dejar de interactuar con ustedes. Añoro con mucha tristeza el último día de las fiestas patronales de los *Sanmiguelés* de antes. Por varias razones. La primera, porque siempre salía atestado un autocar, una viajera como la llamábamos, llena de emigrantes que partían en busca de mejor futuro; en ella se me fue para siempre la primera *novieta* de la adolescencia. Jamás he vuelto a verla; de esto hace más de medio siglo y todavía no he olvidado su cara ni el olor de su pelo. La segunda, porque había que irse a la vendimia o a estudiar al instituto. Y la tercera, porque casi siempre el día tres de octubre empezaba el temporal de otoño antes de que se acabaran las vaquillas.

Ojalá aquella tradición meteorológica regrese este año y no pare de llover hasta Navidad. Por lo menos...

Muchas gracias por regalarme un rato de su tiempo y su enorme paciencia.

¡VIVA SAN MIGUEL 2023!

GABRIEL POZO FELGUERA

28 de septiembre de 2023